

# La rebelión de los ángeles

Eugenio Aguirre

A Jorge Ruiz Dueñas

**N**adie tenía una colección mejor que la de ella. Famosa en la ciudad y en las grandes capitales del mundo. Digna era de contemplarse. Los museos más importantes se peleaban por exhibirla. Mas, sin embargo, ella la guardaba bajo la más estricta vigilancia y jamás permitía salir pieza alguna del lugar que le tenía asignado.

Los había de todas clases, desde el manufacturado con el barro más burdo, que denotaba un trabajo artesanal primitivo, hasta el trabajado con el preciosismo de un artifice en un lingote de plata o en una pieza de cristal de roca. ¡No digamos porcelanas! La enumeración sería pedante.

Nichos de vidrio biselado, mamparas movibles con repisas aterciopeladas, vitrinas y escaparates contruidos expresamente por talladores yugoeslavos, y hasta campanas neumáticas para los más pequeños, albergaban la pléyade angelical más prodigiosa del mundo.

Vivían juntos en la más perfecta armonía. Imperturbable.

Desde temprano ella comenzaba su lento recorrido por las salas y salones de su señorial mansión, observando la belleza de las formas, deleitándose con la textura de los materiales, excitándose con el brillo de sus ojos, con el polvillo sedoso de sus alas, y limpiando, siempre limpiando las pequeñas imperfecciones provocadas por el polvo o por alguna mosca indiscreta. Su aliento era el abrasivo más potente para eliminar esas máculas que no sólo ofendían al buen gusto sino que amenazaban con crear el caos cósmico.

*El Angelatorio*, como ella lo llamaba ante prelados y ministros, debía reproducir las excelencias del cielo, su radiante y perpetua serenidad. Y así era.

Para recrear el ambiente paradisiaco que merecían sus ilustres huéspedes, ella había aprendido a tocar el órgano, y en él interpretaba de doce a dieciséis horas, sin faltar un solo día, así estuviese padeciendo la depresión más aguda, todas las fugas y sonatas del repertorio litúrgico. Algunos de sus vecinos designaban a la mansión como *La catedral de la loca*; otros, por el contrario, sabedores de los secretos que escondía, la llamaban simplemente *La angelópolis*.

En *El Angelatorio* —preferimos usar el nombre que ella le daba, por respeto a su memoria— la rutina, la disciplina y la responsabilidad angélicas eran exigidas con la severidad de un sistema carcelario; al grado de que, después de dos meses de haber ingresado, todo ángel, fuera fino o corriente, debía sa-

ber saludar a la dueña de la casa con una reverencia cortesana y con una sonrisa en la boca.

¡Ay de aquél que se atreviese a infringir las reglas! El castigo caía como relámpago divino y el dolor, un infinito dolor psíquico, se apoderaba de su alma y lo hacía verter lágrimas sanguinolentas. Ser volteado con la cara a la pared o degradado en la escala social de la comunidad alada, era la más torturante de las penas. Muy pocos la resistían; los más acababan por lanzarse al suelo desde su nicho sagrado, para estrellar su ser y quedar dispersos entre las inmundicias del mundo. El suicidio era la consecuencia obligada para el delincuente. La restauración, la afrenta caínica que marcaría su frente por el resto de sus días.

Ellos se cuidaban de ser buenos y ella vigilaba, con ojo asechante, que lo fueran. En los últimos dos años sólo uno había fallado y su repisa se conservaba vacía hasta el día en que sucedieron los hechos.

Como buena coleccionista de piezas singulares y preciosas, ella contaba con una intrincada red de agentes, todos expertos en el tráfico de joyas y objetos de arte, que periódicamente la visitaban para ofrecerle en venta sus hallazgos. Así, cada seis meses, las puertas del *Angelatorio* se veían rondadas por extraños sujetos que desesperaban por ser recibidos por la dueña. Uno por uno, los mercaderes de serafines iban ingresando a la antesala, donde eran recibidos con una frialdad comparable al silencio de una cripta. Las transacciones se realizaban con sigilo y complicados regateos y, normalmente, terminaban por favorecer ampliamente los intereses de la adquirente.

Cuántas caras duras se veían salir en esas fechas de *La catedral de la loca*, contaban sus maledicentes vecinos; cuánta congoja en pechos disfrazados de negro, bajo la cerúlea epidermis de los perdidosos. Lamentos e imprecaciones por doquier, frente a sus puertas, en las callejuelas adyacentes... ¡Hasta en el cementerio!

Sí, efectivamente, las actas consejales conservan aún los autos judiciales de un par de autoinmolaciones perpetradas, en aras de la desesperación, por aquellos que habían enajenado parte vital de su patrimonio familiar o la pieza sagrada de su colección personal.

Este mercadeo señalaba, también, el inicio de una época disciplinaria que conmovía, hasta los cimientos, el escalafón angélico; ya que todos eran puestos a prueba para definir ascensos o relegaciones a los rincones oscuros y menos visitados del *Angelatorio*. Los predilectos temblaban imaginando la belleza y perfección de los novicios, y los marginados aleteaban con la esperanza de ser reconsiderados.

Había movimiento. Sí, mucho movimiento. La flagelación espiritual era continua. Los novatos tenían que aprender las reglas del juego y la experiencia se pagaba con pequeños moretones, leves mutilaciones en las plumas interiores, e insultos que los hacían enrojecer de rabia.

Ella sabía dónde era más dolorosa la afrenta. Sabía destilar a la perfección ese veneno propio del autor del Sapófago. Constancias quedaron en los evanescentes cuerpos. También en actas y en la memoria del inspector que llevó el caso a la corte que aplicó su fuero.

Sin embargo, no todo era miel en su hacienda. Había una pieza que le interesaba más que ninguna y había un traficante que se negaba a venderla en otro precio que no fuera el que él exigía. El asunto venía desde hacía muchos años. Cada seis meses el vendedor se presentaba a ofrecer su preciosa mercancía y cada seis meses ella rabiaba hasta hacerse sangrar los labios por no poder adquirirla. Su ya ancestral enemistad se había vuelto añeja y parecía que cada uno la disfrutaba desde su peculiar masoquismo. Si no, no era explicable el hecho de que continuaran frecuentándose.

Respecto de la pieza, se hicieron muchas especulaciones; pero la que predominó a fin de cuentas, fue aquella que la describió como una talla de madera de ébano, con incrustaciones de porcelana en los ojos, chapeado de oro en las alas y, lo más sorprendente, unas extrañas extremidades inferiores de cabra, torneadas con la cornamenta de dicho animal.

Del precio, se habló de mil maravedíes, pagados en riguroso contado.

¿Cuándo la adquirió? Unos vecinos afirmaron que en la primera luna de junio, pero otros, los más, que el día último del año. Lo cierto es que las primeras manifestaciones de trastornos se presentaron durante el mes de febrero del año siguiente y que culminaron con su muerte unas semanas más tarde.

Del vendedor nadie volvió a tener noticia alguna. Dicen que abandonó *El Angelatorio* con las campanadas que anunciaban el advenimiento del año nuevo y que, por primera vez, se le vio reír a carcajadas. Una mujer afirmó que la nieve que circundaba la mansión se derritió con su paso, mas nadie la tomó en cuenta pues era notable su afición por las intrigas.

Lo que en realidad sucedió quedó perdido entre la bruma de las sombras, pero de los indicios recabados puede deducirse que en ello hubo motín, revuelta o una revolución en forma.

El hecho de haber encontrado todos los nichos y las repisas vacías podría inducir a considerar el robo como motivo del crimen, pero nos hemos resistido a creerlo en virtud de la gran cantidad de plumas encontradas en los alrededores.

Mi teoría, que aunque todos la consideran demasiado teológica como para ser aplicada a acontecimientos mundanos —y por ello la desechan—, es que ella cometió pecado de soberbia, al insistir en la adquisición de un ángel rebelde y tratar de dominarlo.

Es natural pensar que quien osó retar a la cólera divina, no tendría empucho alguno en intentar el trastocamiento de una simple organización terrestre. De ahí a la elucubración que me lleva a imaginar que los ángeles, hastiados de un tratamiento despótico e incitados por el novicio rebelde, se amotinaron y decidieron elevarla a la gloria..., para, desde ahí, arrojarla a las pulcras baldosas de la sala, no hay más que un paso. Un simple paso.